

### III

Moría la tarde. Era, aquélla, la hora vespéral; la más apropiada para confidencias íntimas, la que busca todo el que tiene que rebuscar en su pasado, evocando, acaso con terror, los sucesos pretéritos o las umbrías de su historia. Los árboles y la noche que comienza son muy auxiliares confidentes, poniendo al alcance de la mano hombruna su hechizo poético o su ademán ubérrimo.

Existe en el mundo crecido número de personas que gustan de estas confidencias y de estos gestos evocadores. Muchas de ellas gozan actualmente de situación próspera, pero echan de menos esa intimidad consigo mismo a través de los tiempos que convirtieron — falaces y ambiciosos— los anhelos juveniles en saneadas rentas y en comodidades del siglo; forman estas personas lo más selecto de la siempre odiosa burguesía, que, no contaminados totalmente con las rancias aristocracias, dan albergue a algún que otro sentimiento noble. Otro tipo de evocador, de una evocación trágica, es el noble «venido a menos», esto es, arruinado, despojado horriblemente de los madrigales del dinero y de los honores medioevales que le transmitía una sangre omnímoda; este tipo de evocador es de lo más ruin y cobarde; rememora placeres, sensuales liturgias y esplendores voluptuosos; dotados de una altivez fría y estúpida, se pegan un tiro al recordar una mujer o una expedición cinegética, de aquellas que tanto gustaron. Tipo bien definido de evocador es aquel sentimental y fácilmente emotivo, que busca la soledad y el retiro mundano con objeto de imaginar la persona querida que perdió para siempre: aquel padre, aquel hermano, aquella novia, aquella esposa...; es siempre respetable y digno de compasión hermosa este evocador pacífico, a quien aprisionan las brumas inmóviles o las negruras espectrales. Faltan esos tipos sombríos y melancólicos, a los cuales parece circundar siempre una aureola de eterna incomprensión, quizá de exagerado ardor justiciero; éstos suelen evocar desconocidas realidades, futuros proceder...

¿Qué me ha llevado a estas divagaciones detestables y a estos juicios íntimos? No lo sé. Fue en un momento de alucinación extraña...

\* \* \*

Paseaba diariamente por la gran urbe. A causa de una rara concepción estética me hice amigo de las calles rebosantes y de las plazas ruidosas; producíame algo así como un estado soñoliento e inconsciente durante el cual parecía alejarme del bullicio y del estruendo; es decir, que huyendo de la masa mundana me internaba en ella, buscaba esa ley por la que la exageración de toda fuerza impresionable puede producir emociones retrospectivas y contrarias (1).

Me saludó Ormaitegui. Nuestra amistad no era muy profunda, superficial no más; pero lo bastante para llegar al tuteo y a la unión recíproca de afectos: había de simpático en nuestras conversaciones la franqueza y la sinceridad que siempre las guiaban. ¿Cómo, entonces, no intimaba con él? Pues porque, sencillamente, yo odiaba su literatura..., pero, en fin, dejémonos de críticas; era un buen amigo.

Cogí la ocasión por los cabellos para hablarle del caso que me atormentaba: ¿debía o no escribir a mi tío pidiéndole que gestionara cerca del diputado el que Marchena-Lis me editase una obra?

Fuimos a sentarnos en uno de los bancos del bulevar.

Le expuse mi situación, todo lo que me había sucedido en casa de mi tío, cómo marché de allí, los meses transcurridos sin escribirle.

—Creo que tu caso no tiene nada que pensar, yo no veo susceptibilidad ninguna que pueda impedir...; hombre, es un hermano de tu madre, no debes ni vacilar; escríbele —me dijo Ormaitegui inmediatamente de oír mis palabras.

—Sin embargo...

—¿Qué? Sí debes hacer otra cosa, y es llamar a tu tío a Madrid; esas cosas de palabra, nada de cartas.

—Pineda me lo dijo igual, pero no me resuelvo, la conciencia...

—Nada, hombre, aquí no tiene la conciencia que perturbar nada.

—Bueno, hoy mismo le escribo, ya verás como mi tío está aquí dentro de tres días.

—Oye, ¿sabes lo de Canaura?

—Hace quince días que no lo veo, ¿qué le pasa?

—Después de todo es casi gracioso, figúrate que me lo encuentro hace dos días en la Carrera con un paquetón enorme de libros debajo del brazo, bien sabes que es un muchacho serio, casi nostálgico... pero tiene, a veces, un airecillo cómico. «Hola, Ormaitegui ¿qué hay?» me dijo. «Nada, de paseo ¿te has hecho mozo de cuerda?» «No, ¿por qué lo dices? ¡Ah, querido Ormaitegui, atravieso ahora lo más hondo del río, tú me vas hacer un favor». «Hombre, manda». «Antes un poco de historia. Tú sabías que se estaba imprimiendo una novela mía, pues bien, ayer llené la casa de mi patrona de ejemplares; he hecho una tirada de 500, creo no se van a agotar en cien años, los librereros sonríen irónicamente, no he colocado más que diez ejemplares, de pagarlos no hablemos, cuando se vendan y... con un 80 por 100 de beneficio; te digo que es para volverse loco, he gastado en la edición todo lo que le he podido arañar a mi familia, total unas mil pesetas, esto es insufrible; bueno, mira, he pensado que así no se resuelve nada, hay que ser ingeniosos; mi plan es el siguiente: en combinación con unos cuantos buenos amigos yo entro primero en las librerías con 15 ó 20 ejemplares; como es natural, no querrán ninguno, y entonces uno cualquiera de vosotros a los cinco minutos va pidiendo mi novela, recalcando el nombre del autor y el título para que el librero se dé cuenta y se acuerde; luego al día siguiente vuelvo yo insistiendo, y caen, no te quepa duda ¿qué te parece?» «No está mal, pero eso es muy viejo.» «Es un procedimiento nuevo, novísimo, tanto que se descubrió ayer.» El hombre hablaba tan compungido y con el alma tan en las manos, que no pude negarme, y no me negué, pero sólo en dos librerías que me conocían algo porque acostumbraba a comprar allí las novedades; Canaura se puso loco de contento. «Bueno, pues ahora mismo.» Fuimos a la librería de Fontanal, él entró primero, lo esperé en la esquina, no habían transcurrido cinco minutos cuando sale y se dirige a mí con un humor detestable. «Es el colmo, me dice, anda en seguida, verás cómo se retuerce las barbas ese avaro; primero me preguntó si tenía una portada llamativa y si era algo pornográfica; contesté con evasivas, al fin consintió en que dejara diez ejemplares, pero, chico, al ver la portada sólo con mi nombre y el título, dijo que aquello no se vendía y que podía llevármelas.» Entré en la librería, como nos conocíamos algo lo saludé, el librero correspondió afable. «¿Qué desea? algún librito

nuevo.» «Precisamente, le contesté, deme «*La ruta negra*, de Canaura.» «¿Cómo dice usted?» «*La ruta negra*, de Canaura, un libro que ha salido ahora.» Fontanal se quedó blanco. «En esta librería tan surtida es raro que no lo conozcan, bien, adiós.» Canaura me esperaba palpitante de emoción, le conté lo ocurrido, le atacó una risa nerviosa y salpicada de venganza. «Ahora —me dijo— a la otra librería a ver si hay mejor suerte.» «No te quejarás —le dije— trabajo bien.» «Mi agradecimiento durará mientras viva.» «Lo sé, hombre, lo sé.» Entró y tardó en salir cerca de un cuarto de hora, al fin apareció con la misma cara compungida que la otra vez. «Nada, nada, estos señores habría que llevarlos a la guillotina, son unos infames, los gavilanes de la literatura; anda, hazle renegar como a Fontanal.» Penetro en la librería, había dos o tres clientes, tuve que esperar, al fin llegó mi turno. «Oiga, tenga la bondad, *La ruta negra*, de Canaura.» «Sí, muy bien.» Me quedé estupefacto, me alargaban un libro, iba a decir que estaban equivocados, pero no, allí estaba el nombre, el título... y la novela; el librero debió notar mi cambio de color. «¿No es esto lo que usted pide?» «Sí, sí, muchas gracias. ¿Cuánto?» «Tres pesetas.» Pagué y salí, la faz risueña de Canaura se me apareció a unos metros. «Has sido el primer comprador ¡ja, ja, ja!» «Es lo que debes hacer ahora, reírte de mi primada.» Entonces adquirió su cara un matiz serio y, con una altivez digna de él, me dijo: «¿Es que tú consideras una primada el comprar mis obras?» «Tanto como eso, no, pero, vamos, esto ha sido un atraco con las agravantes de premeditación, alevosía y ensañamiento.» Volvióse a poner risueño y lo definió mejor: «Esto ha sido un sablazo indirecto.» «Sí, puedes obtener la patente.» Nos separamos y me ofreció un *Romeo*... cuando agotara la edición. ¿Qué te parece?

—El caso —respondí— además de una apoteosis algo graciosa, quiere decir y retrata muchas cosas.

Ormaitegui tenía que ir a la redacción y nos separamos; yo quedé aún sumergido en la tibieza penumbrosa del bulevar, tratando de explicarme los pensamientos que acudían, enigmáticos e interrogantes, a mi atormentado cerebro; me extendí en divagaciones críticas, puse empeño en clasificar la esencia turbia de un error visualista; en vano, los rincones permanecían oscuros, el alma se esfumaba tranquila y riende.

Yo pensaba con una dureza inconfundible, era un tropel de ideas y un acervo de influencias extrañas; subyugado por los placeres sanos de los libros selectos, yo temía que consiguieran arrastrarme hacia una situación esclava o autómeta; es contra lo que más he luchado y lucharé: la acción inmiscuadora de elementos indirectos sobre el espíritu del hombre. Pero no, la literatura noble y sincera no puede ser una traba para esta libertad innata, porque representa lo elevado del poderío mundano: la creación inspirada y bella de almas que accionan, sufren...; el novelador es un semidiós..., crea espíritus, maneja sus impulsiones psicológicas, abre simas y forma oasis deslumbrantes. ¿No vemos cómo lloran, piensan o razonan *a veces* los personajes novelescos? No es el autor en sí quien puede dar vida y movimiento a esa profusión de almas sin cuerpo, en otro caso no podría adaptarse él a las desilusiones mundanas, se lo impediría el hormigueo continuo de esa múltiple balumba de psicologías...

\* \* \*

Todo un año transcurrió. Cumplía yo los veintiuno, recibía enhorabuenas, plácemes, etc., etc. En aquel año se había consolidado mi prestigio literario: las prosas estólicas

miraban, resignadas, mi faz bronceada y juvenil...; sufrían la dureza del metal que aplastaba contemplaciones y murmullos; la figura se elevaba, se elevaba...

Al recibir mi tío la carta que le escribí, lo primero que hizo fue comunicar a mi tía la necesidad inmediata del viaje; allí se retrataba el aprecio, el cariño y la sangre hermana; verdaderamente corrió a mi súplica. Una mañana fría y turbia lo esperaba en la estación del Norte. Mi sorpresa no tuvo límites: no venía solo, allí estaba casi envejecida aquella mujer, sin duda buena, que imprimió años atrás en mi mente la estatua del horror; una ráfaga cruzó mi cerebro; después, nada. Yo olvidé y ella había olvidado. Tardaron en reconocermme, era mi exagerada delgadez la que los hizo vacilar... Saludos, emoción y demás vulgaridades.

—Estás desconocido, Antonio —me dijeron—. Si vas por allí no te conoce nadie.

—En efecto —dije— los años que pasan no en balde se dejan sentir en las existencias.

Pasamos a hablar del punto interesante, le expliqué la situación; mi tío exclamó:

—Nada, hombre, nada; lo que yo quiera; no está deseando mas que servirme.

Así fue. A los ocho meses de estos acontecimientos brillaba en los escaparates un tomito elegantemente editado, de unas trescientas páginas, que contenía la esencia de un cerebro estrujado ante el papel y hecho literatura. Se titulaba: *El hombre ante la Musa*; más que novela era un conjunto de impresiones juveniles y de juicios sinceros; su héroe pudiera ser bien un alma marchita en presencia de las sublimidades ignotas; se reflejaba en ella una fábula quizá ingenua, pero vigorizada por las impulsiones ideales de la evocación.

El ambiente, corrompido por el cultivo de un género detestable, fue hostil a mi novela; algún crítico sereno, cerebral y amante de los bríos juveniles, me dedicó varios artículos; tuvo imitadores y pronto en los centros literarios se habló de ella.

\* \* \*

Y quiero terminar aquí estas memorias, que no son memorias, sino los antecedentes formativos de un carácter; en ellas descubro cosas íntimas, apunto idealidades abandonadas, sentimientos que quisiera ver encarnados en multitud de cerebros, lo deseo noble y francamente, con toda la bondad que atesoro en mi alma dolorida...

He escrito y luchado mucho en estos últimos once años —cuento ahora treinta y dos— y no he conseguido absolutamente nada; he ido regando en millares de cuartillas lo más esencial de mi vida y lo mejor de mis idearios íntimos. De las tres cosas que me propuse al comenzar mi carrera literaria no he podido conseguir mas que una y a medias. Mi programa era el siguiente: 1.º Desalojar de la literatura el fondo pornográfico que la sumía en decadencia. 2.º Luchar denodadamente por el predominio del Arte sobre todas las demás impresiones emotivas, y 3.º Cultivar con los brotes nobles de una vida sacrificada el ardor justiciero y las ansias de perfección.

Pues bien, a pesar de que tengo gran número de lectores, no me ha sido posible influir en sus momentos de indecisión, de incipencia; y esto prueba, señor —lo declaro con sinceridad— que he fracasado.

Y como he fracasado, me retiro del combate que ha consumido mi salud y mi vida en un anhelo santo pero estéril.

Hoy salgo para un país olvidado, donde probaré a conseguir la tranquilidad de mi cerebro que estalla y recobrar la salud perdida en los encuentros innúmeros. Sólo sufro ahora cuando me pregunto si no he sido un asesino de mi existencia o un visionario a quien

el mundo, desengañado, arroja a la soledad y al olvido... Pero el mismo estoicismo que me ha sostenido hasta hoy alimentará mi vida futura. Mi retirada no es una claudicación, es un convencimiento.

Dejo estas cuartillas a un escritor amigo para que se publiquen, quiero que se publiquen: es mi obra póstuma. Nadie se extrañará de que en ellas no vayan datos ni impresiones acerca de las incidencias de estos últimos años; ya dije que en ella sólo marco y describo la formación de un carácter.

¡Ah! Diré algo de la situación de las personas que danzan alrededor de mi vida durante el transcurso de esta narración: Don Miguel Velasco se retiró al poco tiempo a la vida provinciana, aquejado por una enfermedad crónica que le sumió en el desconcierto; me escribía muy a menudo, y celebraba lo que él siempre llamó «mis triunfos». Capilla, el amigo de la infancia, es hoy un brillante ingeniero que honra a su país dirigiendo importantísimas explotaciones industriales en Alemania. Mis tíos, ya viejos, viven amparados en la soledad del pueblo. Pineda es un celebrado pintor que triunfa en las exposiciones y gana mucho dinero. Ormaitegui es una mediocridad que no ha podido desenvolverse, y vive, anónimo, en la redacción de un diario de tercer orden.

Y nada más.

Ahora, lectores, os pido siquiera unos minutos de egoísta e individual preocupación.

\* \* \*

¡Pobre amigo mío! Cuando terminé de leer estas memorias me dijeron que se había suicidado. El país adonde pensaba retirarse era la Muerte. ¡Oh, la Muerte! Ahora, siempre que veo este manojito de cuartillas frías, la vista se me nubla, y en la última de ellas veo grabado en caracteres rojos un sello...: el sello de la Muerte que se ciñe sobre esta gran vida, sobre este brioso caudal de fuerzas, y que parece lanzar un reto a todo lo que nace, vive y... muere.

¡Oh, grande Antonio de Castro, yo te proclamo divinidad y soy el primero en venerarte!

FIN

Madrid-Zamora; Abril-Julio 1923.

Nota

(1) En efecto, el exceso de alegría hace, a veces, llorar, y el exceso de sentimiento enloquece y hace, a veces, reír.

>ARCHIVO ALOJADO EN LA PÁGINA WEB «NUESTRA REVOLUCIÓN»  
>SECCIÓN: TEXTOS DE RAMIRO LEDESMA RAMOS  
>DOCUMENTO: Sello\_021